

nezcáis cruzados de brazos ante la corriente avasalladora del sindicato profesional.

¡Despertad! es necesario crear, fomentar y dirigir sindicatos católicos en frente de los ya existentes sindicalistas rojos.

L. M. DE LLERONA.

CAPERUCITA ENCARNADA

(BECHSTEIN)

Érase que se era una rapazuela amada de todo el mundo, y tenía madre y abuela bonísimas, y la querían muchísimo. Particularmente ésta no pensaba sino en su nietecita, regalándole siempre algo, y también una caperucita de terciopelo encarnado, que sentaba muy monamente a la chiquirritina, la cual siempre iba tocada con la caperucita, y con este motivo jóvenes y viejos la llamaban solamente caperucita encarnada. Madre y abuela no vivían juntas en la misma casita, sino cosa de media hora separadas y entre ambas casitas había un bosque.

Una mañana dijo la madre:

—Querida caperucita encarnada, abuela está débil y ha caído enferma y no puede venir. He hecho tortas, véte y lleva a la abuela algunas y también una botella de vino, y la saludas bellamente de mi parte, y sé previsora, no te caigas y rompas la botella, pues entonces nada tendría para beber la abuela enferma. No te metas por el bosque, sigue el camino y no te entretengas.

—Lo haré, madrecita mía, como tu mandas—contestó caperucita encarnada, y púsose el delantal, tomó un ligero cesto, hizo poner en el mismo las botellas y las tortas, y fuése alegremente paso tras paso hacia el bosque. Yendo muy confiada, se le presentó un lobo. Como la buena muchacha no los conocía, no tuvo miedo alguno. Cuando el lobo estuvo cerca de ella, dijo:

—Buenos días, caperucita encarnada.

—Muchas gracias, señor de la barba gris.

—¿A dónde se va tan de mañana, querida caperucita encarnada?—preguntó el lobo.

—A casa de la abuelita, que se encuentra enferma—respondió la niña.

—¿Qué vas hacer allí? ¿Le llevas algo?

—Sí, realmente, hemos hecho tortas, y madre me ha dado también vino para que beba la abuelita a fin de que se restablezca.

—Dime, pues, mi simpática caperucita encarnada,

¿dónde vive tu abuela? Me importa saberlo para que cuando pase por delante de la casa, entrar a saludarla respetuosamente.

—¡Ah, no vive muy lejos de aquí, cosa de un cuarto de hora, después del bosque se encuentra una casa, seguramente ha pasado usted por delante de ella. Detrás de la misma hay encinas, y en la cerca del jardín, avellanas!—charlaba caperucita encarnada.

—Oh, mis queridas, mis sabrosas avellanas—pensaba el falso, el mal lobo.—Para tí debo cascarlas, tienen una substancia muy dulce—Y acompañándola un rato continuó diciendo:—¡Mira al otro lado y más allá como están de hermosas las flores, y escucha además como cantan los muy queridos pájaros! Si, es muy hermoso pasar por el bosque, muy hermoso, crecen en él las yerbas, yerbas medicinales, mi querida caperucita encarnada.

—¿Usted seguramente es médico, mi caro y gris señor?—preguntó caperucita encarnada—porque se ve que usted conoce las yerbas medicinales. ¡Quizá pueda usted mostrarme una para mi abuela enferma!

—Eres tan buena como muchacha inteligente—dijo el lobo alabándola.—Eh, realmente soy médico, y conozco todas las yerbas medicinales, ya lo creo! Aquí está precisamente corteza de lobo, allí en la sombra semilla de lobo, y aquí en este linde soleado florece leche de lobo, y allá se encuentra raíz de lobo.

—¿Se llaman todas las yerbas de lobo?—preguntó caperucita encarnada.

—¡Las mejores, sólo las mejores, mi querida, dócil niña—contestó el lobo con apropiada sorna, pues todas las yerbas mencionadas eran venenosas. Pero caperucita encarnada en su inocencia quería llevar a la abuela tales yerbas, y el lobo le dijo:

—Adiós, mi caperucita encarnada, me he alegrado de conocerte; tengo prisa, he de visitar a una vieja y delicada enferma.

Y se apresuró el lobo a largarse de allí a rienda suelta dirigiéndose hacia la casa de la abuela, mientras caperucita encarnada procuraba coger hermosas flores del bosque para hacer un ramo y reunía las supuestas yerbas medicinales.

Cuando el lobo llegó a la casita de la abuela la halló cerrada y llamó a la puerta. La anciana no podía moverse de la cama y ver quien era, y gritó:

—¿Quién llama?

—¡Caperucita encarnada!—gritó igualmente el lobo con delicada y finjida voz.—Madre envía a la buena abuela vino y también tortas! hoy hemos amasado.